

PUBLICACIÓN DEL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA
Y LA UNIVERSIDAD DE OTAVALO

EL COLIBRÍ

SEGUNDA ÉPOCA Nº 7

28 DE JULIO DE 1533

EDICIÓN ESPECIAL



Cajamarca:

El último atardecer del Inca Atahualpa

168 españoles, comandados por Francisco Pizarro tomaron preso al Señor de los cuatro puntos cardinales, el Emperador Atahualpa.

La promesa de la isla del Gallo se vuelve realidad aunque el oro prometido se tiñe de sangre.

“El Colibrí”, resume en esta edición especial las crónicas enviadas por nuestros periodistas y colaboradores que describen el inicio de la campaña conquistadora de las tierras del Tahuantinsuyu.

EL COLIBRÍ

SEGUNDA ÉPOCA

EDICIÓN ESPECIAL N° 7

20 DE DICIEMBRE DE 2018

PUBLICACIÓN DEL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA Y LA UNIVERSIDAD DE OTAVALO.

Plutarco Cisneros Andrade
Presidente del IOA,
Canciller de la Universidad de Otavalo

Antonio Romillos Tarke
Rector de la
Universidad de Otavalo

El Colibrí deja constancia de su agradecimiento a todas aquellas personas que hicieron posible esta edición especial.

TEXTOS: Plutarco Cisneros Andrade (Melchor Cotama), Fausto Jaramillo Yeroví, Federico Chutas, Fernando Jurado Noboa, Ledys Hernández, Jesus Gómez, Jorge Mantilla, Diego Rodríguez.

ILUSTRACIONES: José Villareal
Cortesía de Edgar Cevallos Rosales, Historia del Ecuador Ilustrada.

DIAGRAMACIÓN: Luis Alajo Plazas

DIRECTOR RESPONSABLE: Plutarco Cisneros Andrade

NOTA DEL DIRECTOR



El Colibrí, emprende un nuevo viaje, esta vez para acompañar los sucesos de Cajamarca cuyos protagonistas, Atahualpa y Francisco Pizarro, son las cabezas visibles del enfrentamiento de dos culturas, la una, perdedora, que concluye el ciclo de conquista y subordinación sangrienta a pueblos nativos; y, la otra, vencedora, que inicia, con diversos signos, un proceso colonialista igualmente sangriento pero mas intenso y largo sobre esos mismos pueblos y un nuevo grupo que surge de esa fusión, el mestizo.

Esos pueblos asentados en estos territorios sufrieron en el corto ciclo de cincuenta años dos graves fracturas culturales, la inca y la española. No es dable omitir a la primera y hablar solo de la segunda. No hay conquistadores buenos o malos. Todos son malos porque asientan su dominación en base de imposiciones, implantando o extinguiendo derechos de los conquistados.

Lo hemos señalado y ratificamos que la intención del IOA y de la Universidad de Otavalo, es motivar la lectura de textos escritos sobre hechos históricos que tienen connotaciones especiales. En la investigación acudimos a distintas fuentes bibliográficas; a cada uno de los autores, con respeto, los consideramos parte del equipo periodístico. Por la propia concepción del trabajo omitimos las citas de rigor.

En Cajamarca procuramos situarnos como reporteros que recogen testimonios de dos contendientes. Hacemos compañeros de viaje, en calidad de colaboradores, a importantes investigadores, e incorporamos textos claves de cronistas como Francisco López de Jerez, Francisco López de Gómara, Pedro Pizarro, Cieza de León y la bibliografía básica de Bernard Legallé, Siegfried Huber -sus biografías sobre Pizarro-; Valdemar Espinoza Soriano -Destrucción del Imperio de los Incas-; María Rostoroswi de Diez Canseco -Francisca Pizarro-; James Lockhart -Los de Cajamarca-; Luis A. León -Enfermedad y muerte de Huayna Capac-; Rtvcs -documental Memoria de España-; entre otros textos consultados de una abundante y rica cantera documental.

Las ilustraciones corresponden a pinturas de Juan B. Lepiani, Camilo Blas, Luis Montero, dibujos de José Villareal (Cortesía de Edgar Cevallos Rosales, Historia del Ecuador Ilustrada); Guamán Poma de Ayala y grabados de la época.



Retrato de época de Francisco Pizarro

Llegamos a Panamá en los primeros días del mes de marzo de 1532 en procura de sumarnos a la anunciada tercera expedición del capitán Francisco Pizarro a las tierras del llamado Pirú o Perú, nombre que al parecer proviene de Birú, un cacique rico en oro y en perlas que, según los relatos, vivía por allá, en el sur, y de quien todos los exploradores han escuchado y por ello hablan con inocultable codicia.

Lamentablemente llegamos con retraso por el cambio de nave y debemos detenernos hasta embarcar en el inmediato navío que salga al sur para alcanzar al extremeño explorador.

Estos días, sin embargo han sido aprovechados para conversar con gente que conoce a Pizarro y que está pendiente de sus noticias.

¿Quién es Francisco Pizarro?



Con Bernard Lavallé y Siegfried Huber que nos acompañan, conversamos con viejos españoles que conocen a Francisco. Dicen que éste lleva ya 30 años rondando por las Indias pues partió a América, desde San Lucas de Barrameda a mediados de febrero de 1502. Nacido en Trujillo -no precisan el año pero lo sitúan alrededor de 1478-, es hijo bastardo del hidalgo conquistador Gonzalo Pizarro y Rodríguez de Aguilar, que abrazó muy temprano la carrera militar. Su madre, Francisca González era de una familia de labradores y fue destinada a servir en el convento de San Francisco del Real. Allí se conocieron con Gonzalo y procrearon un hijo al que bautizaron con el nombre de Francisco.

De Gonzalo, el viejo, que tenía una excelente memoria, refieren que olvidaba siempre tres cosas simples: el número de las batallas en las que intervino, el número de sus acreedores, y, el número de sus hijos.

En todo caso, al testar -murió, en 1522, como consecuencia de un arcabuzazo recibido en la batalla de Amaya-, olvidó mencionar como su hijo Francisco, que llegó a Santo Domingo procedente de España, donde permaneció hasta 1509. De allí partió a tierra firme, al golfo de Urabá donde estuvo un año. Acompañó a Vasco Núñez de Balboa, del que era su lugarteniente, cuando el 29 de setiembre de 1513, con 80 acompañantes, fue el primer europeo en descubrir el Mar del Sur.

Cuando Pedrarias Dávila asumió la gobernación del Istmo de Panamá, con sede en Santa María la Antigua, integró la expedición del archipiélago de mágico nombre: las Islas de las Perlas. Con el gobernador estuvo el 15 de agosto de 1519 cuando éste fundó una nueva ciudad a la que bautizó con el nombre de Nuestra Señora de la Asunción de Panamá.

Desde allí se le metió en la cabeza explorar y conquistar las tierras del sur. No quería ser menos que su paisano Hernán Cortés que vino más tarde y ya era el conquistador de las tierras de México tras derrotar al imperio azteca.

La isla del gallo y los trece audaces españoles

Desde 1524, Francisco Pizarro intenta, sin éxito, su propósito. Una segunda expedición, dos años más tarde, lo hizo desembarcar en la isla del Gallo, donde permaneció terribles meses de enorme sacrificio que mermaron su cuerpo físico pero no su espíritu. Cuando un galeote que llegó para regresarlos a Panamá debía emprender el viaje, Francisco Pizarro tomó una decisión e hizo una promesa –cuenta con enorme emoción uno de los que regresó-. Trazó con su espada una raya en la arena y dijo, en cita casi textual:

Amigos y camaradas:

A este lado de la raya están las fatigas, el hambre, la oscuridad, las lluvias torrenciales, la desolación y la muerte.

A éste, el bienestar y el placer. Allí el Perú con todas sus riquezas; aquí, Panamá y sus pobrezaas.

Que cada uno escoja lo que más conviene a un valeroso castellano.

Yo voy hacia el Sur.



Trece hombres cruzaron la raya para acompañar a Pizarro: cinco andaluces (*Nicolás de Ribera, el Viejo, Cristóbal de Peralta, Pedro de Halcón, García de Jarén, Alonso de Molina*), dos castellanos (*Antón de Carrión, Francisco de Cuéllar*), dos de Extremadura (*Juan de la Torre, Gonzalo Martín de Trujillo*), un leonés (*Alonso Briceño*), un griego (*Pedro de Candia*), un vasco (*Domingo de Soraluze*), y un soldado de origen desconocido (*Martín de Paz*).

Pizarro viajó a España para preparar una tercera expedición. Se reunió en Toledo, en 1529, con el Rey y Emperador Carlos V quien aprobó y suscribió las llamadas Capitulaciones con las cuales nombraba a Pizarro Gobernador de las nuevas tierras que conquistara, que en principio se llamarán Nueva Castilla. Consiguió también privilegios para los trece hombres que lo acompañaron en la isla del Gallo.



Con familiares -sus hermanos Gonzalo y Hernando y su sobrino Pedro- y un puñado de amigos o conocidos trujillanos armaron la empresa. Con ellos llegó a Panamá y desde allí zarpó para el sur, el 20 de enero de 1531. Fueron más de ciento ochenta hombres y unos treinta caballos; la artillería, bajo las órdenes de Pedro de Candia, había sido también considerablemente reforzada pues el objetivo ya no era explorar el Perú, sino conquistarlo.

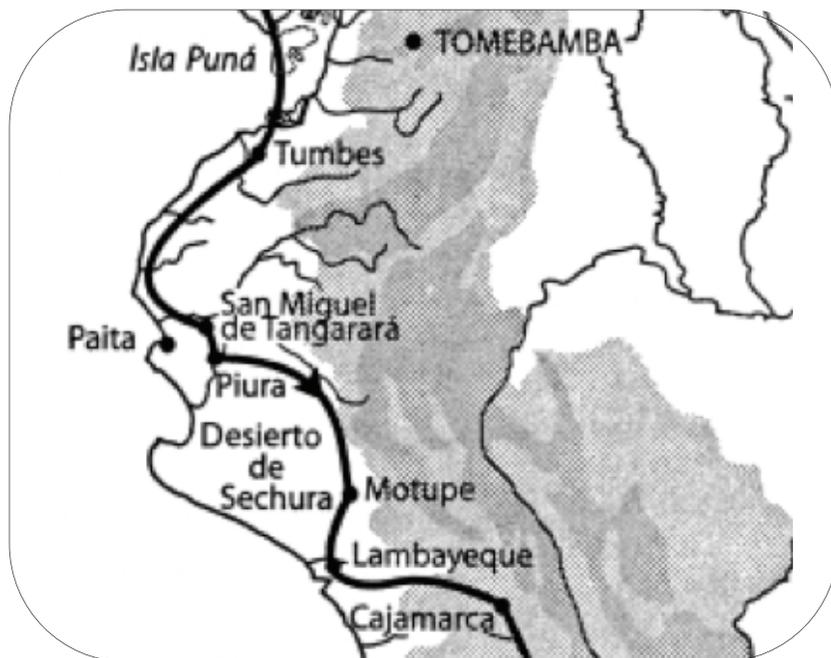
Las últimas noticias dicen que ya fundó en tierra firme una ciudad, San Miguel de Piura, el 15 de agosto de este año, 1532.

Con Francisco Pizarro y las primeras noticias del Emperador Inca

Nos integramos a la expedición en San Miguel de Piura y desde allí continuamos con las tropas españolas. Había sido muy duro el recorrido desde Tumbes sitio que hallaron en ruinas resultado de una guerra de la que fueron enterándose. Conforme avanzaban encontraron solo arena y lagunas. Ni siquiera un pastizal para los caballos que debían contentarse con cardos y hojas de algarrobo, abundantes en algunos sitios. Sin transición, pasaron de una frondosidad permanente, de las lluvias, del pesado y omnipresente verdor a un verdadero desierto.

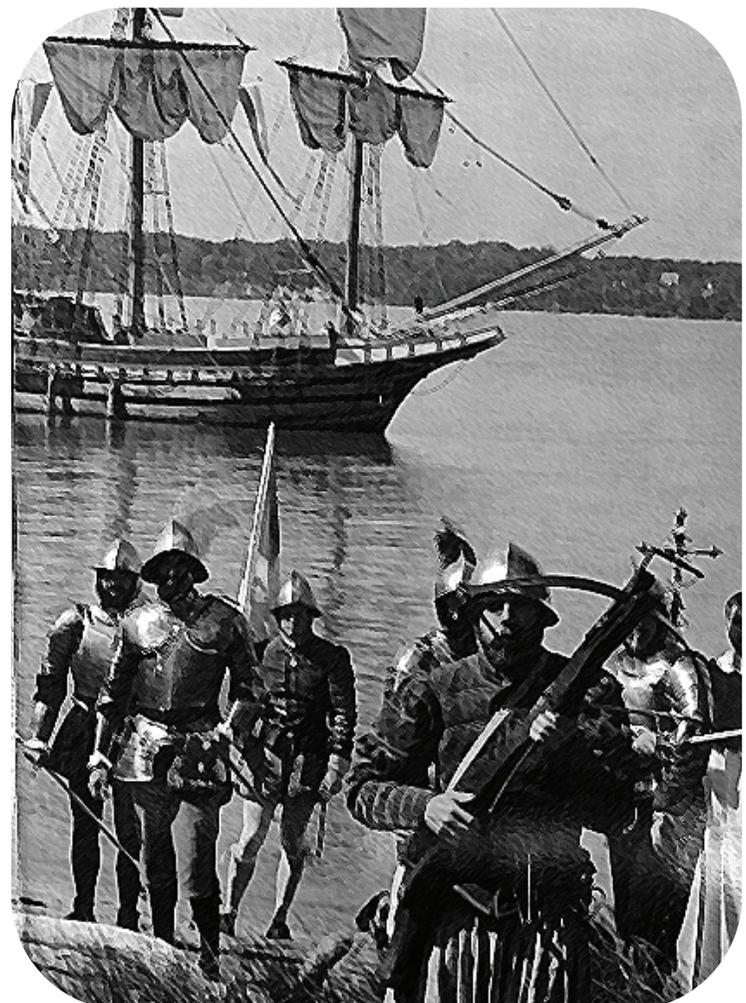
Pizarro decidió que Hernando de Soto se adelantara con 20 hombres para explorar. En Cajas recibió a un embajador de Atahualpa cuyo nombre era Ciquinchara quien le declaró tener el encargo de entregar unos presentes al jefe de los españoles; permaneció en el campamento español con los demás indios nobles que lo acompañaban. Todos se dieron cuenta de que, con aire falsamente inocente, medían su número, sus fuerzas, la calidad y la eficacia de sus armas.

Pizarro ya tenía información de que el Inca Atabalipa había llegado a Cajamarca y que se reponía de las fatigas de la guerra con su hermano Huascar.

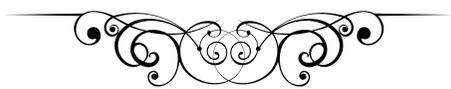


El director de El Colibrí creyó conveniente para informar mejor a los lectores que el equipo periodístico se dividiera en dos. Uno que se adelantaría a Cajamarca en procura de conocer a Atabalipa, y otro que seguiría con Pizarro.

Qué importantes eran los cargadores indios que nos acompañan. A ellos se suman también algunos negros. Sin ellos sería imposible avanzar a través de, cada vez, más altos lomeríos y por difícil camino, con vituallas, cañones, municiones, vestuarios. Por cada sitio poblado que pasamos nos encontramos con gente que refiere de la guerra de los dos hermanos. Unos nos reciben hostiles pero, los más, nos atienden y ayudan con alimentos para los hombres, caballos y perros de caza. Están atemorizados y algunos expresan su descontento tanto porque no quieren que les domine el Inca nacido en las tierras del norte –del que dicen que no tiene compasión de sus enemigos- como por el maltrato dado por los gobernantes del sur. Atahualpa, al parecer, ha derrotado a su hermano. Estas noticias, sin duda, deciden a Pizarro a cambiar de ruta: dejar la costa e ir al encuentro de Atabalipa. (También le llaman Atahualpa, de tal modo que utilizaremos ambos términos).



Cajamarca: El campamento del Inca Atabalipa



Llegamos a Cajamarca en los días finales de octubre de 1532. Cieza de León que nos acompaña dice estar maravillado por el hermoso aspecto de los campos del valle y de las laderas.

Conforme llegábamos a la planicie, la ciudad se ofrecía a nuestra mirada. Tiene muchas construcciones y la deben poblar numerosas gentes. Francisco de Jerez, que escribe notas sobre lo que sucede, observa que las casas son de más de doscientos pasos de largo, muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados; las paredes y el techo cubierto de paja y madera asentada sobre las paredes; las paredes de los aposentos interiores son de cantería muy bien labrada y dentro de sus patios pilas de agua traída de otros lados por otros caños. La plaza de Cajamarca considera mayor que ninguna de España, toda cercada con dos puertas, que salen a las calles del pueblo

Desde la altura nos dimos cuenta de que el Inca no se hospedaba en la ciudad. A casi una legua, se alzaba un campamento compuesto en su mayor parte por tiendas de tela blanca que impresiona por sus dimensiones pues, en opinión general, debe extenderse por lo menos sobre una legua cuadrada. Parece otra ciudad, comentó Ruiz de Arce. Allí se encontraban reunidos innumerables servidores, una muchedumbre de cortesanos, un sinfín de cargadores, un verdadero ejército de varios miles de soldados, y grandes rebaños de llamas. Miguel de Estete no pudo ocultar y exteriorizó lo que todos sentimos: un gran temor al ver esta organización y los miles de soldados a los que Pizarro con tan pocos hombres debía enfrentar y, Dios nos libre, si hubiera batalla.

Sin embargo, nos esforzamos por no demostrar temor pues para nosotros, además, habría significado el fin de esta tarea pues, periodistas timoratos no tienen cabida en nuestro periódico.

¿De qué murió Huayna Capac?

Federico Chutas

Tiritaba de frío en las alturas de una colina que domina el valle de Qasamarca, al pie de la cordillera. Habíamos llegado el día anterior. Desde la cima de la colina donde nos encontrábamos miramos un mar de soldados incas, despreocupados, descansando.

Le pregunté a mi compañero de viaje, Luis A. León, cronista como yo, pero, además un hombre que había dedicado su vida a curar a los seres humanos, ¿cuántos cree usted que serán los soldados, aquí acampados?

No sé, me respondió. "No podría calcular con exactitud, pero diría que al menos unos 20.000 o algo más".

Comenzamos a conversar sobre Huayna Capac, el Inca anterior y padre de Atahualpa y Huascar, Inca que había nacido en Tomebamba y muerto en... ¿Dónde murió Huayna Capac, le pregunté.

Unos dicen- contestó- que en una tierra del norte llamada Quito. Otros que en Tomebamba, y hasta hay otros que dicen que murió en Cuzco. Yo creo a los que dicen que el Inca murió en Quito. Como era costumbre, su cuerpo embalsamado fue trasladado al Cuzco, para sus funerales.

Y, claro, no me iba a quedar con la curiosidad: ¿de qué edad habrá muerto?

Por todo lo que dicen el Inca debe haber cumplido, al menos, 80 años.

Entonces, ya estaba anciano.

Si, ya su cuerpo no debe haber sido tan ágil y fuerte como en sus mejores épocas. Por eso no soportó las calenturas y tembladeras que padeció.

Y, ¿esas tembladeras, calenturas y fríos, por qué?

Creo que la enfermedad que causó la muerte del Monarca tuvo carácter infeccioso, eruptivo, epidémico. Por lo que hemos visto desde Panamá y en Tumbes, debe ser la viruela o el sarampión que llegó en alguna de las naves que vino desde España.

Yo le creo, porque este hombre si sabe.

Volvimos a mirar el valle, al que llaman Caxamarca, y a lo lejos, por la zona de las vírgenes del sol empezó un movimiento inusual, señal de que se acercaba el Inca, el gran Atahuallpa.



La pugna por el poder en el Tahuantinsuyu

Huayna Cápac.
José Villareal, colaboración Edgar
Cevallos Rosales.

Cuando llegamos a Cajamarca nos ratificaron que una lucha fratricida sin piedad enfrentaba en la cumbre del Estado a Atahualpa y a Huáscar, dos de los numerosos hijos que el precedente emperador Huayna Capac había tenido en diferentes esposas. Algunos decían que eran más de cuatrocientos.... La guerra se había iniciado a poco de la muerte del padre -1528-. Al mismo tiempo que él, y en las mismas condiciones, había muerto el joven Ninan Cuichi quien por decisión del emperador iba a ser su heredero. Eso provocó que los nobles del Cuzco –capital del imperio, fundada por Manco Capac– ungieran como Inca a Huascar que no era hijo de Coya, es decir de una Princesa Imperial. Le disputó el gobierno su otro hijo, Atahualpa nacido a fines del siglo pasado, algunos años antes que Huáscar, de una princesa oriunda del norte que pertenecía -nos dicen- a la nobleza Caranqui, pueblo conquistado tras larga y sangrienta guerra de conquista.

Huascar había vencido a su hermano y masacrado a su ejército en la batalla de Tuhuaray en la que cuentan que los sobrevivientes fueron quemados vivos después de un gigantesco incendio provocado en el lugar donde se refugiaban, en Cotabambas. Cometió un tremendo error. No liquidó a su adversario y se dedicó a celebrar su victoria que la creyó definitiva. Atahualpa reconstituyó su ejército y atacó y venció a su hermano en la batalla decisiva que se libró en Chontacaxas. Huascar fue reducido a prisión y con

ello se inició la desbandada de su ejército.

Atahualpa, entonces, marchó a las termas de Cajamarca.

Pero no solo la guerra entre hermanos era el problema mayor que afrontaba el imperio inca. Nos enteramos durante los meses que duró la travesía desde Tumbes, que los pueblos nativos fueron sometidos por los Incas con especial dureza, limitando el poder y la libertad de los caciques sojuzgados; pueblos enteros movilizados –les llaman pueblos mitimaes– de sus lugares habituales a otros distantes. Los que no se sometían aun ya derrotados militarmente, sufrían masacres, destrucciones y hambrunas organizadas para subordinarlos. Todo ello creó una reacción adversa. No pocos nos recibieron como aliados en la lucha contra el poder del Inca,

Cieza de León nos decía que en todos estos factores, estaba la mano de la divina providencia deseosa de favorecer la suerte de las armas cristianas. Aunque Bernard Lavallé no le contradecía, prefería analizar más profundamente lo que oíamos de nuestros informantes. Prefería escuchar a Pizarro y sus lugartenientes que tomaron muy en cuenta estas referencias para elaborar una estrategia. Pizarro buscaba la forma de sacar provecho de este abanico de tensiones y de rencores; una cosa tenía clara: debíamos demostrar audacia y hacernos dueños del juego.

El nombre Atahualpa o Atabaliba

La primera duda que nos produce es saber cómo se llama en realidad. Para Pedro Sancho de la Hoz y Francisco de Jerez, que son escribanos de Pizarro y están cerca de la gente, al Inca le llaman *Atabaliba*. Así es como escucharon pronunciar su nombre. Otros creen oír que se llama *Atagualpa* o *Atahualpa*. Pedro Cieza de León, lo llama *Atabaliba*, pero Juan de Betanzos y Pedro Pizarro lo nombran como *Atagualpa*.

Todos coinciden en que su nombre significa ‘guerrero victorioso’ pero nadie lograr dar una significación.

Pedro Pizarro cree que los nombres de *Atahualpa* y *Huascar* no son sus nombres de su alcurnia, sino que el uno al otro se los pusieron por ignominia.



“Atahualpa inga esta en la ciudad de Caxamarca en su trono usno”
Guamán Poma de Ayala

El Emperador Inca Atahualpa

Pudimos mirar de cerca al Emperador Atahualpa. Era un hombre de unos treinta años. A algunos les parecía que era apuesto; tenía rasgos regulares. De buena facha, era más bien grueso, tenía, al parecer, un aire cruel, y sus ojos estaban inyectados de sangre, detalle que impresionó a muchos de nosotros. Hablaba lentamente y siempre con aire grave, incluso con dureza, «como un gran señor».

Cuando concedió audiencia a Hernando de Soto, éste, al finalizar la visita, con Felipillo –nuestro traductor- en la grupa, hizo caracolear su caballo ante Atahualpa que permaneció impassible mientras que una parte de su séquito asustada, se empujaba y caía al suelo. Era evidente que tenían temor a los caballos y a los perros de caza.

Me adelanto a los hechos para referir algo que nos impactó sobremanera. Ya prisionero, el 14 de abril, Hernando Pizarro llegó con el general yana **Chalco Chimi** a quien había mandado a llamar. Antes de ser admitido ante su presencia, se descalzó, tomó de un cargador de su séquito una carga mediana y se la cargó a hombros, en señal de total sumisión, pues por más general que era, no dejaba de ser un yana, es decir un siervo. Gran número de los principales jefes que le acompañaban siguieron su ejemplo. Luego se acercó al soberano, con mucha ternura y llorando. Le besó el rostro, las manos y los pies. Atahualpa mostró tanto orgullo que aunque no hubiese en sus estados nadie que le quisiese más, ni siquiera le miró y no le prestó más atención que al último de los indios presentes.

Comentamos entre nosotros, sin dar crédito a lo que habíamos visto. El Inca era, sin duda, un ser especial, intocable, reverenciado. No pudimos menos que conmovernos ante la escena de la que fuimos testigos.

Llegada de Pizarro a Cajamarca

Con Francisco Pizarro ingresamos a Cajamarca el viernes 15 de noviembre de 1532. Imposible olvidar esa fecha. Entraron en orden de batalla. Pasamos frente a lo que era el templo del sol y cerca de lo que nos dijeron era el acllahuasi - una casa grande donde estaban confinadas varios centenares de vírgenes destinadas al servicio del culto solar y lunar-. Bajo una fuerte lluvia –escribió en sus notas Bernard Lavalle- pronto acompañada de granizo, los jinetes, a órdenes de Hernando Pizarro recorrieron las calles con gran estruendo, asustando a los habitantes que no conocían todavía los caballos y les tenían mucho miedo.

El Inca Atahualpa había autorizado que acampemos en la ciudad, a condición de que no ocupemos aquello que ellos habían tomado por una fortaleza que dominaba la plaza central que era, seguramente, un lugar de culto. Dijo no poder recibirnos pues efectuaba un ayuno ritual.

El ambiente era tenso. Pizarro, contrariando las disposiciones del Inca, decidió parapetarse en los edificios que rodeaban la plaza que era el único espacio abierto al que Atahualpa y su séquito podían venir dado su número; no tenía más que dos puertas fáciles de controlar y estaba rodeado de un muro de aproximadamente tres metros de alto. La miramos bien: era una verdadera ratonera.

El juego de estrategias militares

Ciesá creyó escuchar lo que Atahualpa planeó para su encuentro con Pizarro. Habría encargado al general yana Rumi Ñahui tomar de revés a los españoles para el caso de que algunos escaparan del choque inicial y quisieran huir. El general se inclinó ante la decisión de su señor pero no era favorable a esta táctica. Habría preferido una operación más directa en la cual la aplastante superioridad del ejército indio no dejaría ninguna posibilidad a los invasores. El Inca pidió a Pizarro que amarre los caballos y los perros y reúna a los hombres en un solo lugar. Con Pedro Pizarro comentamos que este mensaje parecía inspirado por el Espíritu Santo pues revelaba las intenciones del Inca.

Pizarro dispuso, a su vez, su propia estrategia con su hermano Hernando, de Soto, Benalcázar y Mena. Los jinetes y peones, escondidos de la vista del Inca, esperarían una señal dada por Pedro de Candía, quien estaba sobre una altura visible por todos y agitaría unas cintas.

Pizarro distribuyó a los hombres en seis grupos; insistió –recuerda B. Lavallé- en el hecho de que jinetes y peones deben permanecer bien escondidos y no atacar hasta escuchar “Santiago”, viejo grito de guerra de los españoles durante la reconquista sobre los moros. Entonces, los cañones comenzarían a tronar.

Pizarro, en una de las habitaciones que daba a la plaza estaría con 20 hombres a los que precisó bien que el Inca debía permanecer vivo. Un solo español estaría visible: el que avisaría de la llegada de Atahualpa.

Pizarro y su hermano Hernando inspeccionaron los diferentes destacamentos; exhortaron a tener valor y recomendaron un ataque lleno de furia pero sin perder la cabeza y que evitaran que los jinetes, durante la refriega, no se estorben unos a otros.

Todo estaba listo. Solo faltaba la llegada del Inca Atahualpa.

Llegada de Atahualpa

Ese día, 16 de noviembre, vivimos una tensa calma. Las horas pasaban y el Inca no llegaba. Finalmente, alrededor de las tres de la tarde, una inmensa caravana llegó a Cajamarca.

A la vanguardia marchaban –para Herrera, le parecían- como doce mil hombres. Luego venía el Soberano Inca sentado en una silla de manos llevada por jóvenes. El interior y el exterior estaban engalanados con brillantes plumas de colores y por entre ellas brillaban pequeñas láminas de oro y de plata. Detrás de Atahualpa iban otras sillas con personajes de la realeza. Cerraba la retaguardia un poderoso cuerpo de lanceros seguidos de un interminable convoy de abastecimientos y un tropel de mujeres que acompañaban.

Con grandes cantares entraron los primeros grupos por el angosto portal de piedra de la plaza. La avalancha humana invadía la plaza. No nos faltó el miedo, recordaría Pedro Pizarro.



Óleo de Juan B. Lepiani

Captura de Atahualpa

Fray Vicente Valverde, por disposición de Francisco salió para hablar con el Inca. Le acompañó Aldana y Felipillo. Cruzaron breves diálogos y ante la petición de que el Inca se sometiera al Rey de España y se convirtiera a la religión católica –le entregó un ejemplar de la biblia que el Inca tomó en sus manos y la arrojó-, Atahualpa se indignó y reclamó por las rapiñas cometidas en sus pueblos. Valverde regresó. Pizarro reaccionó inmediatamente; se puso una coraza de algodón, tomó una espada, un escudo y en compañía de veinte soldados se abrió paso entre la muchedumbre india. Solo cuatro pudieron seguirlo hasta donde se hallaba Atahualpa.

Pizarro quiso tomar al Inca por el brazo en tanto gritaba “Santiago”, por repetidas veces y en voz alta. Inmediatamente sonaron las detonaciones de las piezas de artillería cuyo blanco eran las salidas de la plaza. Las trompetas tocaron el paso de carga. Peones y jinetes salieron precipitadamente de sus escondites y se lanzaron sobre la muchedumbre.

Atemorizados por los caballos y los cañones, petrificados por la enormidad del sacrificio cometido en la persona del Emperador, ninguno de los indios presente opuso resistencia. Volcaron las andas de Atahualpa que cayó al suelo con las vestimentas hechas jirones. Fue rodeado por los soldados. Desde ese instante, era prisionero de Francisco Pizarro.

Había transcurrido media hora desde que se escuchó el grito de guerra de Pizarro. Las horas siguientes los jinetes masacraron con sus lanzas a los indios que huían. La llanura estaba cubierta por una infinidad de cadáveres.

Los guerreros huyeron despavoridos. Ninguno pensó en salvar a su Rey, ni siquiera Rumi Ñahui.

Había anochecido. Pizarro ordenó a las trompetas que tocaran alto al fuego y a replegarse. En la plaza reinaba el silencio. Los miles de cadáveres yacían cubiertos por la fría noche. Siegfried Huber no podía creer lo que había sucedido y comentaba con nosotros que lo de Cajamarca es una sangrienta escena pero que no había, para Pizarro y sus hombres, otra alternativa: tenía que ser una victoria total o el hundimiento.

La muerte, sin duda, fue la gran convocada en ese último atardecer del Emperador Atabalipa.

Los hombres de Cajamarca

¿Quiénes fueron los hombres que tomaron prisionero al Inca y derrotaron a un desconcertado ejército?

James Lockhart se tomó el trabajo de averiguar sobre ellos en las conversaciones que en los días posteriores a Cajamarca se registraban entre todos los que participamos –como actores o como cronistas- de tan significativos hechos. Consiguió muy interesantes datos:

Por su lugar de origen: 36 provenían de Extremadura (de ellos 17 de Trujillo y sus alrededores); 34 eran andaluces; 17 eran viejos castellanos; 15, neo castellanos; 15 eran leoneses; 10, entre vascos y navarros. 4 no eran sujetos de la Corona de Castilla y de León.

Por su estatuto social: 38 (de los cuales 12 de Extremadura) eran hidalgos; 91 eran de origen popular, incluyendo a 1 negro y a 1 mulatos libertos, nacidos en España; 6 no podían ser considerados ni hidalgos ni plebeyos.

En cuanto a su edad, el 90% de ellos tenía entre 25 y 35 años.

De 141 soldados presentes, con certeza, 76 sabían leer y escribir; sin certeza, 23; 42 eran analfabetos.

Registró, además que 11 eran escribanos, notarios, secretarios y contadores; 13, mercaderes; 19 artesanos; 2 eran marineros de oficio.



¿Quiénes capturaron a Atahualpa?

Fernando Jurado Noboa -que estuvo en la plaza de Cajamarca como cronista de vanguardia- comentó que fue Gabriel de Olivares el que derribó al inca Atahualpa y Cristóbal de Mena el que le quitó la indumentaria que llaman Mashka Pacha. En otras notas ampliaré datos sobre lo sucedido.

El rescate en oro y plata pagado por el Inca Atahualpa



Atahualpa tomado preso, grabado anónimo.

Atahualpa permaneció prisionero en el pabellón que ocupaba cuando se alojaba en Cajamarca. Era un edificio no muy grande pero estaba lujosamente instalado. Al centro del patio interior afluían, por dos conducciones de piedra, agua fría y caliente de las termas, a una conducción mayor para mezclar el líquido a la temperatura deseada y de ésta a una pila muy bonita. El pabellón se componía de cuatro aposentos pintados con colores claros. En los jardines había galerías que conducían a las casas vecinas de los altos servidores reales. Nadie podía entrar en el

apuesto si no iba descalzo. Jerez que andaba alrededor del Inca, comentó que era poco frecuente ver qué dignidad afectaba y cuanta obediencia se le rendía. No le faltaba nada, salvo la libertad.

Por eso, el cautivo siempre piensa en su libertad y sueña con recuperarla. A diario recibe docenas de mensajes del vasto Tahuantinsuyu. Mantiene contactos con sus generales Quizquiz y Challco Chima. Atahualpa está prisionero, ha perdido a varios miles de sus hombres, pero todavía su ejército es poderoso. No obstante, decide esperar. Emplear la astucia en lugar de la fuerza.

Ese mismo mes, el día 12, llegó a Cajamarca el otro socio de la conquista, Diego de Almagro, con 150 hombres de refuerzo, la mayoría a caballo. Era un importante auxilio militar, pero a la vez motivo de discordias. Almagro se sentía postergado y expresó el deseo de conducir su propia conquista, quizás al norte de Tumebamba y Quito.

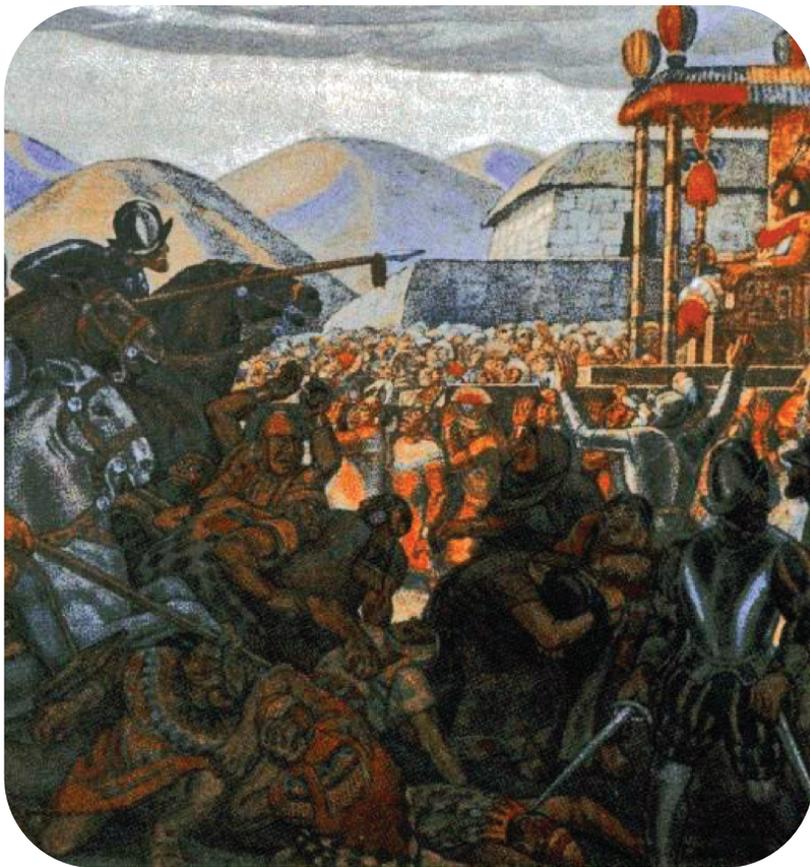
El conquistador y el Inca terminaron por hablar de rescate. La propuesta fue de Atahualpa. A cambio de su libertad, él habría propuesto llenar con oro la habitación en la que se encontraba. Levantó el brazo y tocando la pared con la mano hizo trazar una línea roja indicando la altura por alcanzar. Se haría lo mismo con las otras dos habitaciones contiguas pero éstas se llenarían con plata.

El Inca mandó a recoger el oro y la plata necesaria. Los días siguientes llegaban indios que a lomo de unos animales parecidos a los caballos, que llamaban llamas, transportaban sacos de oro y de plata, que se depositan en los aposentos fijados.

Los tesoros reunidos fueron fundidos y moldeados como metal de alta pureza y luego valorizados por los contadores y veedores de la corona.

Muerte de Huascar

Mientras ello ocurría, desde Cajamarca, en abril de 1533, fue enviada la orden de Atahualpa de acabar con la vida de Huáscar y sus más cercanos colaboradores y servidores, incluida su madre y sus mujeres. Uno de los ejecutados fue el willac umu (sumo sacerdote) del Cusco, Challco Yupanqui, pariente cercano de Huascar. La orden de Atahualpa, de la que nos enteramos demasiado tarde, tuvo para la gente de Pizarro características de fratricidio, regicidio y sacrilegio.



Camilo Blas, captura de Atabalipa

El 17 de junio se levantó el acta oficial del rescate y éste tuvo lugar al día siguiente.

Según Jerez, que estaba junto al notario, el tesoro recogido sumó 1.326.539 pesos castellanos de oro y 51.610 marcos de plata.

Retirado el quinto que correspondía al Rey, a los marinos y soldados que permanecieron en Piura, el resto se dividió en 217 partes iguales, cada una de un valor de 4.400 pesos de oro y de 181 marcos de plata.

(Lavallé calculó que, a razón de 4,55 gramos el peso, equivalía a casi 45 libras de oro y a casi 94 libras de plata. El total sumaba aproximadamente unos 100 quintales de oro y unos 200 de plata).

Estas 217 partes fueron distribuidas entre 168 personas de manera ponderada en función del grado, de la participación en la campaña y del rango social de cada uno.

Francisco Pizarro recibió 13 partes y, según la tradición, el objeto del botín que más le gustase tener. Escogió el asiento cubierto de oro de Atahualpa estimado en casi 7 partes. Hernando Pizarro recibió 7 partes, Juan Pizarro, 2 partes y media; Gonzalo Pizarro, 2 partes y un cuarto.

Hernando de Soto y Sebastián de Benalcázar recibieron 4 partes y 2 partes y media, respectivamente.

El 18 de junio de 1533 se hizo el reparto del botín del siguiente modo:

En el primer lugar del reparto estaba el clero. La iglesia recién establecida en el Perú, cuya sede episcopal provisional era Tumbes, recibió 2.220 pesos de oro y 90 marcos de plata.

El vicario del ejército, Juan de Sosa, recibió 7.770 pesos de oro y 310,6 marcos de plata.

El padre Vicente Valverde no aceptó nada atendiendo a su voto de pobreza.

El quinto real fue: 100.000 pesos de oro y 5.000 marcos de plata.

Luego se pagó a los altos oficiales:

- Francisco Pizarro: 57.220 pesos de oro y 2.350 marcos de plata.
- Hernando Pizarro: 31.080 pesos de oro y 1.267 marcos de plata.
- Hernando de Soto: 17.740 pesos de oro y 724 marcos de plata.
- Juan Pizarro: 11.100 pesos de oro y 407,2 marcos de plata.
- Pedro de Candia: 9.909 pesos de oro y 407,2 marcos de plata.
- Gonzalo Pizarro: 9.909 pesos de oro y 384,5 marcos de plata
- Sebastián Belalcázar: 9.909 pesos de oro y 407,2 marcos de plata.
- Caballería: 610.131 pesos y 25.798 marcos (8.880 pesos y 362 marcos c/u)
- Infantería: 360.994 pesos y 15.061 marcos (4.440 pesos y 181 marcos c/u)

Adicionalmente, Pizarro dispuso que se otorgara 15.000 pesos de oro a los españoles que se quedaron en San Miguel y 20 mil pesos para Almagro y sus hombres, recién llegados de Panamá.

Pizarro había cumplido la promesa de la Isla del Gallo. Cada uno de sus hombres se convirtió en rico. Ciertamente que cada pieza de oro y de plata recibida estaba teñida del color de la sangre derramada en Cajamarca.

Gómara comentó, poco tiempo después del reparto, que jamás habrá soldados tan ricos en tan breve tiempo y con tan poco peligro; pero, igualmente, que no ha de haber gente que se haya entregado al juego de tal manera que muchos perdieron su parte en los dados y en el tablero de damas, que era el juego que los entretenía.

Hernando Pizarro llevará al Rey el quinto real del rescate

Apenas concluido el reparto del oro y la plata de los incas, Pizarro comisionó a su hermano Hernando, por ser su inmediato lugarteniente, viajar a España para rendir informes al rey y entregarle el quinto real del botín reunido en Cajamarca. La parte del rey suma 100.000 pesos de oro y 5.000 marcos de plata.

A mitad de camino de su viaje a España, Hernando Pizarro presentará un informe ante la Audiencia de Santo Domingo. Se espera que, por la importancia y lo cuantioso del envío, en España sea recibido por el Rey.



Atahualpa se emparenta con Francisco Pizarro

María Rostorowki logró información de la joven que el Inca entregó por compañera a Pizarro, sin preguntarle, posiblemente su opinión. Le dijeron que es una costumbre establecida que las hijas secundarias de los soberanos sirvieran para iniciar lazos de parentesco y de reciprocidad con los jefes militares o con los señores con quienes tenía interés de establecer alianzas. La joven entregada se llama Quispe Sisa, es una alegre y graciosa ñusta o princesa que atrajo la atención del ya maduro capitán. Es hija de Huayna Capac y su madre se llama Contahuarcho, hija, a su vez, del cacique principal de Huaylas; de ella se enamoró el Inca y la convirtió en una de sus esposas secundarias. Quispe Sisa es, por consiguiente, hermana de Atahualpa.

Enterada de lo sucedido en Cajamarca, Quispe Sisa, según su propia declaración, se hallaba en el Cuzco de donde vino para reunirse con el prisionero. Debe tener unos escasos 18 años.

Según refiere Salcedo, Atahualpa dio a Pizarro a la joven diciéndole:

Cata ay mi hermana, hija de mi padre, que la quiero mucho

La bautizaron con el nombre de Inés Huaylas Yupanqui. Pizarro la nombra cariñosamente "*La pispita*", por ser muchacha vivaracha.

Temores y anuncio de muerte

Informaciones cada vez más numerosas señalaban una grave amenaza para los españoles: varios miles de indios en armas se escondían en los cerros de los alrededores de Cajamarca. Solo esperaban una señal que, sin duda, la debía dar el Inca prisionero. Los hombres vivían en permanente estado de alerta. Se hablaba que un noble poderoso, Cusi Yupanqui, estaba ya infiltrado en Cajamarca, esperando que su soberano ordene. Por exceso de confianza, debilidad de carácter u otras razones, el Inca prefería esperar.

Un grupo de españoles, en cambio, no querían mayores dilaciones y pedían abiertamente la muerte del Inca. Felipillo creaba un mayor clima de desconfianza al comunicar supuestas conspiraciones de los caciques que visitan al monarca. Para él, era vital el destino del Inca. Siendo de baja condición, en el reparto de mujeres había tomado para sí a una hermana de Atahualpa, delito que se castigaba con la muerte.

A mediados de julio comentamos que la suerte del Inca estaba echada. Pocos días después se aceleraron los acontecimientos.

Juzgamiento del Inca Atabalipa

Desde la noche del miércoles 23 de julio de 1533, se hicieron los arreglos para el juicio del inca. Se le encadenó e incomunicó, privándolo de todo privilegio. El proceso duró tres días. Formaron parte del tribunal, entre otros, el oficial real Alonso Riquelme, Diego de Almagro, Juan de Heredia como fiscal, Juan de Herrada como defensor, los letrados religiosos Juan de Balboa, Francisco Morales y Juan de Sosa, y Pedro Sancho como escribano. Felipillo ofició de traductor. Se lo juzgó con las leyes vigentes en España sin hacer caso del sistema y las costumbres incas.

Se acusó a Atahualpa de:

Fratricida y regicida, por haber ordenado la muerte de su hermano Huáscar;

Homicida por haber ordenado el asesinato de numerosos personajes de su corte, curacas y naturales de los pueblos que no le obedecieron.

Corrompido pues convivía con sus hermanas y tenía concubinas.

Sacrílego y hereje contumaz pues rechazaba el bautizo cristiano y decía ser hijo del sol;

Conspirador pues había mentado mientras preparaba un ataque militar;

Atahualpa respondió a los cargos de este modo:

¿Fratricida y regicida? Era una guerra entre incas y él había vencido. Así eran las guerras entre ellos.

¿Homicida? Huáscar también le había matado gente.

¿Corruptor de sus hermanas? Así se acostumbraba entre los incas.

¿Sacrílego y hereje? Esas eran sus creencias y las de su padre.

¿Conspirador y traidor? Negó haber organizado ataque alguno, no obstante la presencia indiscutible de tropas suyas cercanas.

El tribunal acordó por votación condenar al reo a muerte. Debía morir como hereje y traidor, en la hoguera. Faltaba que el gobernador Pizarro confirmara la sentencia y diera la orden, pero era evidente que tuvo muchos escrúpulos y pesar antes de ordenar la ejecución.

Al saberse la sentencia de muerte hubo una decena de españoles que pidieron se perdona la vida al inca y sea llevado ante el rey de España. Entre ellos estaban Diego de Mora, Blas de Atienza, Francisco de Fuentes y Pedro de Mendoza. Temían que ya no hubiera paz con los pueblos nativos. Algunos sacaron espadas y Pizarro tuvo que imponer la ley marcial.

Hacia la 8 pm del sábado 26 de julio de 1533, con la plaza de Cajamarca fuertemente custodiada, con la población indígena prácticamente imposibilitada de ver los sucesos, el inca fue puesto en el centro de ella, apoyado sobre un tronco, con una cadena al cuello y los brazos atados en la espalda. Estuvo digno y sereno durante todo este trance fatal.



Los funerales del Inca, pintura de Luis Montero

El inca se hace cristiano para evitar la hoguera

Fray Vicente de Valverde, acompañó al inca durante sus últimas horas e insistió una y otra vez en pedirle que se bautizara. En plena plaza, poco antes de encenderse el fuego, tras serle ofrecido por Valverde que si se hacía cristiano no moriría quemado y su cuerpo sería sepultado en la iglesia, el inca accedió. Valverde ofició el bautizo, con el gobernador Pizarro de padrino. Atahualpa aceptó llamarse **Juan**.

Luego fray Valverde sustentó ante Pizarro que, siendo ahora cristiano, Atahualpa no debía morir en la hoguera. Aunque la sentencia no podía variarse, el oficial real Alonso Riquelme aceptó el pedido y propuso que la ejecución se realice mediante el garrote y que luego se someta durante breves momentos el cuerpo sin vida al fuego, en señal de cumplimiento de la decisión del tribunal.

Cajamarca: final e inicio de un ciclo histórico

Resulta sorprendente, sin duda - el colega Chutas dice no entender lo ocurrido-, que 168 hombres, de los cuales solo 60 tenían caballos, hubiesen derrotado a un ejército infinitamente más numeroso. Waldemar Espinosa Soriano, que nos acompaña -luego de conversar con indios importantes y algunos escribanos que están ya elaborando informes para el Rey-, comparte con nosotros, algunas probables explicaciones.

Halla cinco posibilidades para entender la derrota del Inca:

- 1.- La ayuda divina especialmente del apóstol Santiago, protector de los españoles en todos sus combates;
- 2.- La superioridad racial y cultural de los conquistadores;
- 3.- El descontento que en los pueblos dominados por el Incario se produjo desde muchos años atrás y esperaba ocasión para expresarse (acompañaron a Pizarro muchos aliados indígenas);
- 4.- La división de las familias reales del Cuzco: unas apoyaban a Huascar y otras a Atabalipa;
- 5.- Las contradicciones y divergencias entre las etnias regionales -caciques- y la etnia dominante-Inca-.

Las dos primeras hay que anotarlas, aunque subjetivas, por que algunos creen en ellas.

Pero, hay también otras causas:

- 1.- El miedo que produjo en los indios, sobre todo, el caballo y los perros de caza;
- 2.- Que el quichua hablan todos y por lo mismo fueron suficientes pocos intérpretes para establecer contacto con los caciques locales y conocer lo que sucedía en el Incario;

- 3.- El poder destructivo de las armas cortantes y de fuego (espadas, arcabuces, lanzas, picas, alabardas, bombardas, mosquetes, pistoletas, culebrinas, falconetas, dagas, puñales, y, añádase la lanza jinete). De ellas tres son principales: caballos, espadas y lanzas.
- 4.- El número de buenos caminos, puentes y tambos que, hasta ahora han facilitado la movilización de Pizarro y sus hombres;
- 5.- El afecto que sienten varias ñustas y pallas por los jóvenes soldados españoles en los pueblos con los que toman contacto-.

Creo que en Cajamarca -sobre todo-, prevaleció, por una parte, un conflicto cultural: para los indios era imposible pensar que alguien pudiera irrespetar la persona del Inca a quien consideraban representante o hijo mismo de los dioses que veneraban; para los españoles -que lo tomaron del brazo, del cuello y lo arrojaron al suelo- no existía ese prejuicio y los indios eran -en la batalla- los nuevos moros a los que tenían que combatir y vencer -para ellos había una sola alternativa: vencer o morir-. Y, por otra parte, esas grandes coyunturas que se dan en la historia: los españoles se adelantaron -por minutos- en la acción militar y los indios demoraron esos minutos en tomar la iniciativa.

Cajamarca será recordada como la ciudad donde el Inca Atabalipa vivió en libertad su último atardecer y Pizarro obtuvo el triunfo más importante de su vida. Para el primero -y lo que él representa- es el fin; para el segundo -y lo que a su vez representa-, el inicio.

Nada volverá a ser igual para indios y para españoles.